

RIENZI,

6

EL ÚLTIMO TRIBUNO.

CAPITULO V.

Comitiva de los barones.—Principio del fin.

Amaneció la mañana del 19 de mayo: era fresco y puro el viento, y los rayos del sol de Oriente, resplandecían sobre los cascos y lanzas de una lucida tropa de caballeros, que descendían la mas principal y larga calle de Roma. El relincho de sus caballos, el estruendo de sus herraduras chocando en la tierra, las relucientes armaduras, los flotantes pendones, ornados con el glorioso emblema de la columna; tal conjunto, ofrecía uno de esos pomposos é imponentes espectáculos peculiares á la edad media.

Al frente de aquella tropa iba Estéban Colonna, montado en un soberbio palafren; á su derecha se veía á Gualtero de Montreal, cuya poderosa mano regía sin esfuerzo á un fogoso corcel árabe; seguíanle dos escuderos, de los cuales uno llevaba su caballo de batalla, y otro su casco. Cabalgaba Adriano á la izquierda de Estéban, grave y taciturno, contestando solo con monosílabos á la alegre algarabía del caballero provenzal. Iban detras del anciano baron muchos nobles romanos, y cerraban la marcha estrechas filas de caballeros extranjeros armados de punta en blanco.

Entretanto estaban desiertas las calles, y desde sus tiendas, casi cerradas veían los ciudadanos pasar á la comitiva con aparente indiferencia.

—Por lo que veo, dijo Montreal, no son muy afectos vuestros romanos á las brillantes paradas. Si fuera mas fácil divertirlos, seria tambien mas fácil gobernarlos.

—¡Oh! replicó Estéban: A Rienzi y á otros bufones de esa estofa es á quienes les corresponde divertirlos, nosotros tenemos por mejor sistema el de espantarlos.

—¿Conoceis, señor Adriano, la cancion del bardo? preguntó Montreal. Oid su letra.

—¡Sonrisas! ¡engañadoras sonrisas! En vuestra escuela debe formarse el que reina y el que quiere reinar: vosotros desarmais al valiente, subyugais á la hermosa, seducís á los reyes, trastornais los estados.

¡Sonrisas! ¡Engañadoras sonrisas!

¡Amenazas! ¡ingenuas amenazas! vosotras nos acongojais, y el valiente se irrita, y la hermosa se sobrecoge: vosotras dais pábulo al orgullo, que solo se apacigua con sangre, preparais el veneno, aguzais los puñales.

¡Amenazas! ¡Ingenuas amenazas!

Esta endecha, señor, es francesa; con todo me parece que su moral se aplica especialmente á Italia, porque la sonrisa de la serpiente es un rasgo distintivo entre vosotros, y la frente amenazadora no les cuadra bien á vuestros compatriotas.

—A mi me parece, señor caballero, replicó secamente Adriano resentido en su orgullo, que de vosotros hemos aprendido un sistema de amenazas, útil y laudable en ciertas ocasiones.

—Util no, si el golpe no sigue al amago, repuso Montreal con arrogancia; pues no carecia de esa vivacidad francesa, algo imprudente en diversos casos, y ademas habia concebido cierta especie de encono hacia la persona de Adriano, desde su entrevista en el palacio Colonna.

El Herrero meneó la cabeza en señal de reusarlo, y dijo con tono grave. —Señor caballero, dijo Adriano sonrojándose, nuestra conversacion podria dar márgen á palabras mas descomedidas, y desearia no emplearlas contra una persona, á quien soy acreedor de un señalado servicio.

—Entonces hablemos otra vez de los trovadores, dijo Montreal con indiferencia. Perdonadme si no es exacta la idea que tengo formada del valor y del honor de los italianos; mas reconozco vuestro valor, porque he visto pruebas de él entre vosotros, y el valor y el honor son inseparables: me parece que debéis quedar satisfecho.

Iba Adriano á responderle, cuando se fijaron sus ojos sobre la colosal y maciza figura de Cecco del Vechio, quien contemplaba aquel grupo con singular sonrisa, apoyándose en la bigornia con sus desnudos y tostados brazos. Se advertia en aquella sonrisa alguna cosa que torció el rumbo de las ideas de Adriano, y produjo en su mente penoso é inesplicable efecto.

—Ese villano debe tener una prodigiosa fuerza, dijo Montreal reparando á su vez en el herrero; de buena gana le alistaria entre los míos. ¡Buen amigo! gritó; teneis un brazo mas á propósito para manejar un acero que para forjarlo. Dejad ahí vuestra bigornia, y seguid la fortuna de Fra Moreale.

—Señor caballero, nosotros los infelices no somos afectos á la guerra: no deseamos matar á nadie, solo apeteecemos vivir..... si es que os dignais permitirnoslo.

—¡Por la Virgen santa que esa es una respuesta de esclavo! Mas vosotros hijos de Roma, vosotros sois....

—¡Esclavos! interrumpió el herrero dirigiéndose á lo interior de su taller.

¡Vaya un perro arisco! digo el anciano Colonna. Y á medida que desfilaba su tropa, cada soldado extranjero, alentado por el ejemplo de sus jefes, dirigió alguna pulla en mal chapurrado meridional al apático gigante, cuando este volvió á presentarse delante de su fragua y apoyado en su bigornia sin prestar ninguna muestra de atencion á aquellos insultos, á no ser por el ardiente rubor de su rostro. Así atravesó la calle, y salió de la ciudad eterna tan soberbia comitiva.

Hubo en segunda un largo intervalo de profundo silencio, de no interrumpida calma. Permanecian medio cerradas las tiendas: nadie se ocupaba de sus ordinarios quehaceres: parecia la mañana de un dia festivo en que precede la indolencia á las diversiones.

A eso de mediodia se veían dispersos por las calles algunos grupos poco numerosos hablando en voz baja y separándose al punto. De vez en cuando subia con rápido paso la calle que conduce á la iglesia de Santa Maria Egipciaca, antes templo de la Fortuna, algun transeunte aislado, vestido generalmente con la ropa talar del hombre de letras, ó con el hábito austero del monje: un instante despues volvía todo á quedar desierto. De repente se oyó el sonido de una trompa solitaria: se dilató por los espacios y retumbó á lo lejos. Cecco del Vechio se levanto de su bigornia. A poco pasó lentamente por delante de la herrería un caballero solitario, y tocó con fuerza la trompa que llevaba suspendida al cuello. Entonces desembocó por todas las calles é inundó todas las plazas la inmensa muchedumbre como evocada por un poder mágico; mas no interrumpian el general silencio sino el ruido de sus pasos y un murmullo sordo. Tocó el caballero por tercera vez la trompa como para imponer atencion; y luego que cesaron de resonar las notas del instrumento, clamó una voz atronadora: «Amigos y romanos, mañana al asomar al dia asistid sin armas á la iglesia de Santo Angelo. Nicolás de Rienzi convoca al pueblo para que providencie acerca del buro stato de Roma.» Al final de esta exhortacion estalló una aclamacion, que parecia remover las bases de las Siete Colinas: se alejó muy despacio el caballero, y se dispersó la muchedumbre. Tal fué el principio de la revolucion.

(Continuará.)

WASHINGTON.

La estraña mezcla de realistas y de americanos reconquistadores de su patria, el cambio subia de un gobierno despótico y militar al de otro nuevo, benéfico y libre; la proximidad de la poderosa flota enemiga contrastada únicamente por la autoridad de un simple gobernador y sesenta consejeros: el buen orden que reinó en las muchas é indispensables negociaciones entre dos tan opuestos partidos en el acto mismo de separarse para siempre, y otros mil pequeños incidentes, formaban un cuadro del que habra pocos ejemplos en la historia.

Así que partió la escuadra inglesa licenció el general todas las tropas, reservando únicamente dos compañías. La tranquilidad y seguridad de los ciudadanos fueron confiadas enteramente á estos cien hombres, al poder civil y á la moderacion de los habitantes, pero á pesar de esto, ni el mas pequeño escese ni la menor violencia empañaron la entrada triunfal del general, y la restauracion del nuevo gobierno.

Dos dias despues una comision compuesta del clero, y habitantes de varios condados, felicitaron al vencedor manifestándole su amor y gratitud con unos afectos los mas sinceros y llenos de efusion.

Terminó el dia 3 de diciembre, quemándose un vistosísimo árbol de fuego, cual nunca se habia visto en este pais. Fué su artífice el capitán de artillería Price.

En fin, este hombre grande, este modelo de valor y de heroísmo impaciente por dejar el mando, y deseando ardientemente volver á sus pacíficos hogares, fijó el 4 de diciembre para hacer su Junision.

Llegado este para siempre dia memorable, se reunieron en el salon de Samuel Fraunces, la oficialidad, el gobernador, los miembros del consejo y los ciudadanos mas visibles, siendo de notar que uno de los primeros concurrentes fué el mismo general.

Rara vez se verán agitadas las humanas pasiones con afectos tan vivos como durante esta tierna escena! Era la vez última en que íbamos á felicitar á este hombre extraordinario como general: á este héroe, que revestido por espacio de ocho años del supremo poder por el voto general de la Nacion, y el ídolo de todos los corazones, se apresuraba á renunciarlo para entrar en la clase de simple ciudadano: por la postrera vez íbamos á decir á Dios á este genio benéfico, que terminaba su gloriosa carrera militar asegurando la paz y la independencia á todos los Estados.

Despues de haber hablado con sus amigos, y haberlos dado gracias por las verdaderas pruebas de adhesion y amistad que le habian dado, se dirigió á los oficiales que le rodeaban, y con un semblante sereno, aunque algo conmovido, les dijo: «Valientes y queridos compañeros! os dejo con el corazón penetrado del mas vivo afecto y reconocimiento: me despido en este dia de vosotros, deseando sinceramente que el resto de vuestra vida sea tan tranquilo y dichoso, como gloriosos y honoríficos han sido los que hemos pasado juntos.»

Estas palabras espresadas con toda la efusion del entusiasmo escitaron las mas vivas sensaciones en todos los animos. Todos los corazones se conmovieron: todos

Los ojos vertían lágrimas. Los oficiales contestaron con una emoción imposible de describir. El gobernador, consejeros y ciudadanos se apresuraron á darle las manos que estrechaban contra su corazón, deseándole toda suerte de felicidades.

Por último, acompañado de todos los asistentes á este memorable acto, y de las dos compañías de infantería se dirigió el ciudadano Washington á White Hall (1) en donde le aguardaba el bote que había de conducirlo á la Nueva Jersey.

Después de haber repetido mil veces el último á Dios, de haber estrechado las manos de sus amigos, y colmado él mismo con las más sinceras y ardientes bendiciones de la inmensa multitud que le rodeaba, se embarcó. La misma modestia y dulzura que le caracterizó en medio de las victorias al frente de su ejército, en medio de los incienso, del triunfo y aplausos de los pueblos, se manifestó en este último lance.

(Concluirá.)

APUNTES BIOGRAFICOS.

L. LABLACHE.

Luis Lablache es todavía una de esas brillantes reputaciones que hacen cada año la fortuna del teatro italiano: no solamente ocupa uno de los primeros puestos como admirable cantante, sino que á esto puede agregársele seguramente la no muy común cualidad de ser uno de los cómicos más eminentes. Lablache reúne consigo y en un grado muy alto todas las esquisitas dotes que forman los grandes artistas, y la capital de Francia se muestra hoy día tan orgullosa de abrigar en su seno esta justa celebridad, ya por ser de origen casi francés, ya por el homenaje continuo de aprobación que ha sabido rendirle en estos últimos años.

Nació Luis Lablache en Nápoles por los años de 1796 de padres franceses. El huracán revolucionario, que con tanta fuerza rugía en aquella época, causó la ruina de su padre Nicolás Lablache, á la sazón negociante, obligándole á ausentarse de Francia y fijar su residencia en Italia. Cuando á consecuencia de esta agitación José Bonaparte ascendió al trono de Nápoles, quiso reparar en cuanto le fue posible los reverses que había experimentado el padre de Lablache, y su protección abrió al joven Luis el conservatorio de la Pieta. Lablache se consagró desde luego con fervor estremado á este arte de que tan digno intérprete había de ser más tarde. Estudiaba á la vez la música vocal y la música instrumental, y se mostró constantemente uno de los mejores discípulos de aquella excelente escuela. Su más viva inclinación le dirigió á la música, y fatigado de los diversos estudios á que le sometían; se escapó muchas veces del conservatorio para probar fortuna en el teatro, mas los severos reglamentos que prohíben á los empresarios napolitanos ajustar á un discípulo del conservatorio antes que termine sus estudios, le volvían otras tantas veces á los bancos de la escuela, donde era condenado con más rigor á lo mismo que le abrumaba. Deliraba siempre con una escena brillante, con estrepitosos aplausos, aspiraba en fin con impaciencia, hácia esa existencia libre y seductora especialmente en Italia. El establecimiento de un teatro en el conservatorio realizó al fin parte de sus deseos, apareció en la escena y cantó por primera vez en una ópera, mas aquel público selecto, compuesto en gran parte de sus profesores, de sus amigos, no le satisfacía del todo; hubiera deseado mas severidad acaso, y sobre todo mas entusiasmo, de ese entusiasmo que no se alcanza sino de un público exigente, con frecuencia implacable, pero cuyos aplausos hacen olvidar instantáneamente todos sus rigores. Lablache quería en fin practicar su arte en toda su realidad, con todas las vivas emociones del triunfo ó de la derrota si por desgracia hubiera equivocado su vocación.

Fue primeramente ajustado en el teatro de san Carlino para el papel de bufo napolitano, personaje tradicional que animaba á Lablache con inagotable número. Después pasó á Sicilia, cantó en Mesina los papeles de bufo napolitano que tantos aplausos le habían valido en Nápoles, y después abandonando en fin todas esas escentricidades escénicas, aceptó en Palermo el papel de bajo cantante, haciendo su primera salida en el papel de Marco Antonio en una ópera de Pavesi.

Durante todas estas pruebas el talento de Lablache se desarrollaba portentosamente. La costumbre, la experiencia de la escena, completaban la educación musical que habían comenzado las lecciones del conservatorio de Nápoles y formaban el hábil cómico que hoy brilla en cuantos teatros se presente. Después de cinco años de permanencia en Palermo, habiendo oído á Lablache el empresario del teatro de Milan, quedó sorprendido de su admirable mérito y le escribió para el teatro de la Escala. Lablache apareció por primera vez en Milan con el papel de bufo de Dandini de la Chenerentola. Fue acogido con unánimes aplausos y su brillante triunfo indujo á Mercadante á escribir una partitura nueva, titulada Elisa y Claudio. Gustó la ópera sobre manera y durante aquella estación, poblaron numerosos espectadores el vasto recinto de la escala. Ya el nombre de Lablache era célebre en Italia; no tardó en ser popular en Europa. En 1824 el hábil cantante fué á Viena y volvió á obtener en Austria todos los triunfos de Palermo, de Milan y de Roma. Desplegó durante su permanencia en Viena todos los recursos, toda la flexibilidad de su talento: en cuatro conciertos sucesivos, hizo el Figaro del Barbero, el Asur de la Semíramis, don Gerónimo y por último Huberto de la Agnete de Paer, y dió á estos diversos personajes de tan distinto carácter una variedad maravillosa. El triunfo fué completo, el entusiasmo no tuvo límites: el archiduque Fernando envió á buscar al artista y le nombró cantor de su capilla. Para perpetuar el recuerdo de este triunfo se abrió una medalla con el retrato de Lablache y con este motivo compuso una leyenda el marqués de Gargallo.

(Se concluirá.)

REVISTA DE TEATROS.

La noche del jueves se estrenó en el teatro de la Cruz el drama en cinco actos los *Cobralores del banco*. Fue bastante aplaudida, regularmente ejecutada y la concurrencia, no tan escasa como en las funciones anteriores quedó muy satisfecha. Hablaremos otro día con alguna detención sobre el particular.

Nos ha estrañado mucho que los grandes conciertos que se ejecutaban en el

(1) Muelle embarcadero.

teatro del circo no se anuncien detalladamente en los carteles: verdad es que no hay mejor medio de cumplir lo que se promete. Lo más que podrá suceder es que en vez de ser grandes sean chicos.

Habiéndose retirado el señor Salvatori del teatro del Circo, teniéndose que ausentar el joven Unánue, y rota la escritura de la señora Basso-Borio, la compañía de este teatro se encuentra en la más completa disolución, verdad es, que estando la señora Moreno y el señor Bonfigli ya se puede salir de cualquiera apuro.

VARIEDADES.

Se ha repartido la última mitad del tomo octavo de la enciclopedia del siglo XIX que publica el editor don Ignacio Boix. Esta obra tan sumamente útil, por el inmenso número de puntos que en ella se ventilen, se recomienda, no solo por las personas que toman parte en su redacción, que son los primeros literatos de la corte, sino también por lo esmerado de su edición. Continúa abierta la suscripción en el despacho de libros de su editor.

Además de los tipos que se han publicado hasta el día de la interesante y amena obra *Los Españoles Pintados por sí mismos*, están admitidos los siguientes: *La Cigarrera*, por don Antonio Flores. *El Accionista de Minas* por don Pedro Madrazo. *El Diputado á Cortes*, por don Antonio Ferrer del Rio. *La Prendera*, por don Juan Perez Balvo. *El Boticario*, por don Antonio Flores. *La señora mayor*, por don Pedro Madrazo. Todos estos tipos, con los demás que están encargados, se irán publicando con la mayor brevedad posible.

Con el mayor gusto hemos leído los tres primeros números del periódico semanal *La España administrativa*, que tanto por la doctrina que contiene en materia legislativa, como en puntos de administración, escede con mucho en mérito literario, al periódico *Guía de Empleados*, consagrado al mismo objeto. También la parte tipográfica es infinitamente superior tanto en tamaño, como en papel e impresión, todo lo cual, nos hace creer que dicho periódico obtendrá el favor del público en general y de todos los empleados á quienes más directamente tocan las cuestiones que en él se ventilan.

Se suscribe en la librería de don Pedro Sanz, calle de Carretas.

BOLETIN ESTRANJERO.

En el teatro de la Puerta de San Martín ha alcanzado el distinguido actor Federico Lemaître un señalado triunfo en un drama que lleva por título *Don César de Bazan*; hijo legítimo de Victor Hugo, quien le engendrará al mismo tiempo que Rui-Blas. Este don César empieza por embriagarse y batirse en desafío, con verse dentro de un calabozo y condenado á muerte; luego se casa sin conocer á su esposa, y sin embargo debe morir; mas no muere. Por muchos tiros que le asestan, don César se escapa sano y salvo discurre por la campiña, le creen muerto y trata el rey de apoderarse de su esposa. Don César no se anda en chiquitas, vuelve á presentarse y resucita en el momento en que todo el mundo le supone enterrado. Desde entonces, trata á la baqueta al rey y á su ministro, escala muros, dá estocadas reverses, siempre con la amenaza en el puño, el sarcasmo en la boca, matando á este, desenmascarando á aquel, y reconquistando á su esposa en medio de mil accidentes de mil peligros y de mil aventuras. Está visto siempre que los franceses nuestros vecinos, tratan de urdir inverosímilidades y de insertar disparates, salen del paso con poner la escena en España. Recordamos que no hace muchos años obtuvo en Paris gran éxito un drama titulado *El Feudo de cien doncellas*, en el que suponían los autores pagarse aquel al rey moro de Córdoba en tiempo de don Fernando IV el Emplazado. Ignoraban sin duda que su antecesor había entrado triunfante en la ciudad de los Abderramenes, Arrojados los Carbajales desde la peña de Martos, á consecuencia de la muerte de Benavides, los autores quisieron que Benavides muriera de mano airada, á consecuencia de la muerte de los Carbajales, y para que nada faltara, pasaba la escena en un punto desde el cual podía un hombre ir á Valencia y á Toledo en solo un día.

ERRATA.

En la Revista de ayer, donde se habla de la obra de TIMON, *libro de los oradores*, y se dice: «En cuanto á la parte material se dará por 44 reales» debe entenderse «que toda la obra con los 27 retratos costará 44 reales».

TEATROS.

DE LA CRUZ Y DEL PRINCIPE.

Hoy no hay funciones.

DEL CIRCO.

A las ocho y media de la noche. LA TERESA, drama en cinco actos, escrito en francés por Alejandro Dumas y traducido al castellano por don Ventura de la Vega. Concluye con baile nacional.